

# COTIDIANIDAD Y CULTURA ESCOLAR EN LA ENSEÑANZA DE LAS PRIMERAS LETRAS EN LOS PRELUDIOS DEL SIGLO XX

OSCAR REYES RUVALCABA

## Resumen

El presente artículo tiene como objetivo mostrar como los y las menores aprendían a leer y escribir en su vida cotidiana familiar y escolar, a fines del siglo XIX y principios del XX. Aunque es estudio se ubica principalmente en Guadalajara, recupero testimonios de otras zonas geográficas para fundamentar la investigación. Esta investigación me permite sostener la siguiente hipótesis de trabajo: aunque en el **discurso** -durante el porfiriato- el debate en torno a los métodos de enseñanza de la lectoescritura fue muy fructífero para establecer la política educativa del régimen, en la **práctica** los profesores continuaron enseñando bajo formas pedagógicas tradicionales como la repetición, la memorización y bajo el dominio de la regla y la férula. Como fuentes históricas recurrí principalmente a la literaria y autobiográficas, pues ellas me permitían reconstruir las vivencias de los sujetos desde su cotidianidad. Ello me permitió observar las diferencias con el discurso oficial. La parte sobre los métodos y el debate pedagógico lo he desarrollado en otro estudio. Cabe señalar que esta ponencia forma parte de un proyecto más amplio sobre la historia de la infancia que inicio en mis estudios de doctorado.

**Palabras clave:** infancia; lectura; porfiriato; cotidianidad; vida escolar;

## Los preámbulos de la enseñanza elemental

La educación de los rudimentos escolares iniciaba generalmente en el seno del hogar. Esta primigenia educación regularmente recaía en la figura de la madre, quien a la par que atizaba el fuego, hervía los frijoles, zurcía calcetines, regaba plantas, tallaba el piso y amamantaba al recién nacido, se daba sus mañas para orientar en las primeras letras a todos

sus hijos. Aún en brazos, a los pequeños se les instruía por medio del arrullo maternal en un universo de palabras en que se confundían letras y letanías, como es el caso de las siguientes estrofas que rescató Vicente T. Mendoza (1984:71):

*Christus A.B.C.*

Jesús, Jesús y cruz  
Y lo que sigue es *A*.  
Amor con *A* se escribe,  
Sin él, ¡quien vivirá!

Be-a-bá, venme a suplicar;  
Be-e-bé, yo no quiero a usted;  
Be-i-bí, dime por Dios que sí;  
Be-o-bó, no me digas que no;  
Be-u-bú, el amor eres tú.

Supe el abecedario,  
Comencé a deletrear  
Y a mi amor lo divierto  
Cantando el ve-a-ene: *van*.

Cuando el pequeño se aproximaba a los tres años, el aprendizaje de las letras y los números se volvía más formal. En una recreación literaria de corte autobiográfico el escritor Juan de la Cabada (1984: 153) señalaba que su madre lo sentaba en un rincón de la cocina para que “hiciera la lección”, mientras ella realizaba los quehaceres domésticos. El chiquillo sólo tomaba un descanso cuando su hermana mayor le revisaba la tarea. A su vez, el escritor jalisciense Victoriano Salado Álvarez (1985:36) recordaba que su madre, quien sólo conocía “libros de devoción”, le enseñó letras y sílabas sencillas y minúsculas en el *Silabario de San Miguel*, hasta que aprendió el arte de “juntar letras”, esto es, a formar sílabas y palabras.

Si el párvulo resultaba tan inquieto que no permitía realizar las excesivas faenas domésticas y si el presupuesto familiar lo permitía, lo podían enviar a una de las escuelitas de barrio regenteadas por “viejitas solteras”, quienes se encargarían de iniciarlo en los secretos del deletreo y de la santa doctrina.

Estos establecimientos eran en realidad cuartuchos improvisados como escuelas en las propias viviendas de las “señoritas”. Ellas solicitaban que en su primera clase cada menor cargara con la silla en la cual se sentaría durante el resto del año. Ya empotrados en

su escuelita, los chiquillos repetían a coro alguna lección, mientras ellas, sin interrumpir del todo sus quehaceres domésticos, le echaban “un ojo al gato y otro al garabato” que aquellos pintarrajeaban en las pequeñas pizarras que hacían las veces de cuaderno.

Dar orden a la loca imaginación y al inestable deambular de los pequeñitos, era lo que se esperaba lograr en las escuelas de párvulos. Pero los pequeñines, acostumbrados a andar entre las faldas de su mamá, se resistían a recibir esta primera instrucción. Unos lloraban, pataleaban o, “de buenas a primeras”, corrían de regreso a su casa. Las maestras se valían de mil mañas para retener a los chillones parvulitos: desde dulces y “apapachos”, hasta gritos y amenazas. Por ejemplo, el escritor Cayetano Rodríguez (1908:44) reconstruyó la manera como para convencer a un nuevo compañerito

...lo sentó en las rodillas; le enjugó el llanto y le sonrió placentera; mostrándole con el índice la estampa de la Virgen que allí en la sala estaba, le dijo con la voz más dulce que podía sacar de su garganta: “Mira chiquitín, si sigues llorando la Virgen no te va a querer; a ella no le gustan los llorones”.

Juan de la Cabada (1984:129) recordaba que una tía lo llevó, silla en mano, al Colegio de Nuestra Señora de la Luz. Éste se encontraba en una pequeña casucha de vecindad, formado por un aula que a la vez fungía como sala - comedor y desde la cual se miraba un tétrico cuarto en el que se encontraban laborando, en riguroso negro, las ancianas que tenían por maestras. “Mientras los educandos –tres niños y cuatro niñas- cantaban en conducerma el silabario..., en el más oscuro ángulo de la sala, se distinguía a duras penas un pizarrón donde a veces ensayaban a copiar las primeras letras bajo el auspicio de alguna de las maestras”.

Para aprender a leer se apoyaban en el Silabario de San Miguel, el cual estaba ilustrado con la estampa de este arcángel, sosteniendo en una mano una espada en llamas y aplastando con el pie a un colérico demonio, seguida de una leyenda: “La soberbia desechad, niños en toda ocasión. Que al humilde Dios le ayuda, y le da su bendición” (Salado, 1985: 315).

La forma de enseñanza en estas “escuelitas” era por demás rudimentaria. Salado Álvarez reseñaba que los ejercicios de lectura se hacían por medio de “una especie de canturreo especial, que solía infundir el sueño de los chicos desaplicados, que tenían que recitarlo en las horas vespertinas” (1985:315).

Cayetano Rodríguez recreaba como, a pesar de la repetitiva cantaleta, un párvulo no podía relacionar las vocales impresas con sonido, “no obstante que la maestra le había dicho hasta la saciedad que la *A* tenía una pancita y un rabito hacía arriba como la cresta de un gallo, y que la *O* era redonda...” Pero cuando menos lo pensó, “el chico dijo *O* donde era *O*; y a la *A* la nombró por su nombre, y de hilo leyó *a, e, i, o, u*, al derecho y al revés” (1908:48-49). Entonces el niño empezó a “juntar letras” para formar sílabas, y luego éstas en palabras hasta -con tiempo y paciencia- construir sus primeras frases, en forma de máximas morales.

Más no todo eran palabras, cuentas y doctrina cristiana, sino que a veces los compadecidos infantes ayudaban a la viejitas a “bombear agua, barrer y otros menesteres” (De la Cabada, 1984:130-132). Sin embargo, en algunas ocasiones estos sacrificios traían sus recompensas. Por ejemplo, al finalizar las clases las maestras pedían al pequeño José Corona y a sus compañeritos que les ayudaran a limpiar los utensilios de fabricación de conservas que ellas elaboraban. “Los más aplicados recibían el cazo de cobre, por quedarle dulce embarrado, prestándoles una cuchara de mesa para despacharse cómodamente. Los demás se hacían cargo de los cucharones y palas de madera con lo que se meneaban los sabrosos ates, atacándolos a punta de lengua hasta dejarlos como nuevos” (1972:120). Con tan dulce estímulo los chiquillos rivalizaban por “dar la mejor lección” y poder ayudar a las viejecitas.

Pero, los solícitos y “cándidos angelitos” a veces se comportaban como desentendidos diablillos. Era entonces cuando las maestras recurrían a los medios tradicionales de disciplina de la época para que los pequeños “entraran en cintura”: reprimendas, suspensiones, actos de penitencia, palmetas y golpes, entre otros. El lema “la letra con sangre entra” muchas veces se tomaba “a pie puntillas”. Salado Álvarez recordaba que muchas madres al llevar a sus querubines a la escuela decían: “Se lo entrego con todo y nalgas, señor maestro” (1985: 53). El mismo escritor fue víctima de estos procedimientos de enseñanza cuando a él y a otra parvulita, arrodillados y con los brazos en cruz, les tomaba el catecismo una furibunda maestra: “Nos atrajo a sí la *buena señora*, nos preguntó con voz agigantada si llevábamos aprendida la lección y luego nos apretó entre sus rodillas con tal violencia que nos hizo daño. Empezamos a llorar las dos víctimas, mientras ella nos tranquilizaba a su modo: *Asilenciense y les doy su gala*” (1985: 52)

Si el menor había nacido en buena cuna, era muy posible que lo enviaran de mano de su nana a la sección de párvulos de algún prestigioso colegio del centro de la ciudad. Allí el pequeñuelo sería instruido por medio de cantos, juegos y “ejercicios militares” en los rudimentos de la moral, la religión y la lectura. José López Portillo y Rojas (1976:71-72) en su novela *Los Precursores*, idealiza la educación dada a los pequeños por educadoras religiosas. Según él, después de desayunar, los chiquitines eran conducidos a una amplia aula que contaba con pequeñitos y lustrosos mesa-bancos. Las religiosas iniciaban la sesión con la oración a coro del Padre Nuestro y el Ave María. Concluido el rezo, continuaban con la ejercitación física, en la que los pequeños...

Se formaban en columna cerrada, y guiados por el golpe de las castañuelas y las voces de mando, iban y venían los niños por el patio y los corredores, haciendo evoluciones militares, levantando y dejando caer las manecitas, y haciendo cien otros movimientos que tendían a favorecer el desarrollo de sus miembros, en medio de la alegría y el divertimento de un aparente juego..., iban así diciendo, mientras marcaba el ritmo de sus pies:

*Marchando vamos amigos,  
Con el paso siempre igual;  
De desorden enemigos,  
Todos haremos al compás*

Cuando los pequeños memorizaban las oraciones católicas elementales, aprendían a contar hasta cien, y si ya sabían reconocer las palabras escritas, podían presentar los exámenes que darían fin a sus estudios rudimentarios. Sin embargo, si el niño ya hubiera rebasado los seis años, y aunque no distinguiera ni la “o” por lo redondo, de cualquier manera debería abandonar el recinto preescolar. Ese era el momento propicio para que los niños recibieran su instrucción formal en una escuela elemental, fuera esta oficial, parroquial o particular.

#### Las primeras letras en la escuela elemental

Por la mañana muy temprano, después de “llenar la panza” con algún pan acompañado de un jarro de leche o atole y algún taco de frijoles, el escolapio saldría a la calle apresurado para estar un cuarto de hora más tarde en el patio o pasillo escolar, donde hacía fila con los de su clase ordenado por estaturas. Aprovechaba esos minutos para hacerse una limpieza

general: acicalarse el pelo, usando sus dedos a manera de peineta; lamerse la mano para limpiar las manchas de mugre en su rostro; preguntar –a manera de espejo- al compañerito de enfrente sobre la pulcritud de su aspecto. Un campanazo o la estruendosa voz del director los ponía en alerta para con paso firme y rítmico pasar a su salón, en cuya puerta se encontraba la “señorita profesora” revisando el aseo de manos, uñas, rostro, cuello y orejas. Librada esta primera aduana, los menores se paraban junto a sus mesa-bancos para cantar algún himno escolar, antes de poder tomar asiento.

Si el niño un establecimiento oficial de organización completa –un maestro para cada grado-, seguramente la profesora dividiría a los pequeños según su aptitud de lectura. Después de tomar una primera lección de prueba, dejaría en una fila a uno que otro muchachillo que ya tenía los rudimentos de la lectura y escritura; en otra, a quienes ya sabían juntar letras y balbucear unas cuantas palabras; la fila más cercana a su mesa sería para los pequeños que no sabían reconocer “ni la O por lo redondo”. A ellos atendería con especial empeño. En punto de las ocho de la mañana, la maestra ordenaba que sacaran su libro de primeras letras y solicitaba a los niños a que mientras observaban los dibujos repitieran con ella el sonido de letras y palabras. Después de un al señorita les pediría que repasaran por sí solos la lección, o bien que unos menores la tomarán a otros, mientras ella recorría las filas.

De esa manera los chiquillos repasaban en voz alta alguna lección en su libro. La maestra corregía el tartamudeo de uno, la dicción de otro y pediría que subiera la voz el último. Preguntaba al grupo por el significado de una palabra inusual; callaría a los precipitados y atendería al pequeñín que silencioso alzaba su brazo derecho, sosteniendo su codo con la mano izquierda. Indagaría sobre la letra, sílaba o palabra en cuestión, y les dictaría sílabas o palabras que los niños copiarían en su cuaderno con letra manuscrita. Con regla en mano, la docente pasaría por las hileras a corregir la letra de unos, regañaría al que tenía rayones sobre el cuaderno y con un sonoro coscorrón señalaría la falla de algún “escuincle cabezón”.

Para concluir esa lección, ella escribiría sobre el pizarrón con letra grande y legible alguna breve frase y solicitaría que la repitieran a coro. Les pediría que copiaran la oración, repetida diez o veinte veces, con letra clara y sin faltas de ortografía. A los chiquillos más

avanzados les leería un “dictado”, por lo regular una “oración instructiva”, esto es, una máxima de tipo moral o religioso.

Cansada la maestra y ansiosos los niños, tomarían un recreo de quince minutos -que se prolongaría hasta veinte o treinta-, saliendo al patio silenciosos y ordenados. Una vez libres, los infantes se pondrían a correr sin rumbo fijo entre los pasillos, salones y vendimias, hasta que el grito del impaciente director los volvería a meter en orden, pero sólo mientras duraba su presencia, pues una vez alejada retornaba el bullicio y los mil y un juegos que sabían o inventaban al vapor.

Para entonces, la maestra habría retenido en el salón a dos o tres niños como castigo por no haberse aprendido la lección, o por su mal comportamiento en clase. Les dejaría varias planas y lecciones para que se enseñaran a comportarse, pero estos “pequeños bribones” aprovecharían la ausencia adulta para trepar en las bancas, gritar, chiflar y hasta bailar sobre sus cuadernos, quedando alguno “echando aguas” por si volvía la señorita.

Regresarían sudorosos los menores treinta minutos después, sin embargo, a la euforia infantil del patio recreo le continuaba la zozobra del aula escolar. En ese momento la maestra les pediría que se alinearan con su libro para tomarles la lectura. El escritor Ermilo Abreu Gómez (1954:80) describía el carácter exigente que su maestra infundía a las clases de lectura:

Al entrar, por la mañana, nos ponían en fila por decir, uno después de otro, la lección de lectura. Esta la espetábamos en voz alta, marcando las pautas de las comas y los puntos. Teníamos que dar una entonación especial a los signos de admiración y de interrogación. El de los puntos suspensivos nos resultaba intraducible. Nunca acertábamos el tono adecuado.

Con tono fuerte, puño firme y regla en mano, la maestra exasperada les señalaba fallas a unos y repartía coscorriones a los analfabetas. Si la ignorancia lo ameritaba, la profesora recurrir a todo un arsenal de castigos, como lo recordara Agustín Yáñez:

Es una fiera la señorita, endemoniada para eso de inventar castigos: en la pared, con las piernas medio dobladas; en mitad del patio; hincado al sol; o jalar los cabellos con el dedo muy repegado en la cabeza y subiéndolo poco a poco, recio; o varetazos en las corvas o en los brazos, con una varita de membrillo muy delgada y muy flexible; o reglazos en las palmas de las manos, que se hinchan y se amoratan (1958: 93)

Pero no todo era desventura para los mocosuelos. Si algún menor de los que ya sabían unir palabras y frases se creía capaz de leer podía “hacer la prueba”, esto es, someterse al duro escrutinio de la “toma de lectura”. Si el chicuelo pasaba ese examen, podían tomar sus cosas y abandonar la “fila de los burros” e irse a sentar al lugar de los aplicados. Dejando de sufrir la burla y el escarnio de éstos sobre los lectores en ciernes. El camino del aprendizaje, sin duda había sido duro, pero ¿valdría la pena?

## **Conclusiones**

Durante el porfiriato se dio un debate pedagógico muy fructífero sobre la enseñanza de la lectoescritura. La discusión en torno a las ventajas del método intuitivo, objetivo o racional para el aprendizaje de los niños fue sin duda notable. En particular, fue memorable el debate entre Rébsamen y sus discípulos –como Carlos Carrillo y Abraham Castellanos- con el equipo de Torres Quintero y su método onomatopéyico. Sin embargo, las referencias autobiográficas nos señalan que estos métodos tardaron muchos años en entrar en las aulas. La enseñanza mecánica, memorística y, sobre todo, basada en la repetición y el terror a la regla fue la forma más usual como aprendieron a leer nuestros de nuestros abuelos e incluso nuestros padres, o ¿ustedes no?

## **Bibliografía**

Abreu, Ermilo 1954 *Del alba sería*. México: Ediciones Botas.

Corona, José 1972 *Pepito*. México: B. Costa-Amic, Editor.

De la Cabada, Juan 1984 *María La Voz*. México: Fondo de Cultura Económica

López Portillo y Rojas, José 1976 *Los precursores*. Tomo I. Guadalajara: Ayuntamiento de Guadalajara.

Mendoza, Vicente 1984 *Lírica Infantil de México*. México: Fondo de Cultura Económica

Rodríguez, Cayetano 1908 *Pajarito*. Tlacotalpan, Veracruz: Tipografía y litografía “La Europa” de Joaquín Vera y compañía.

Salado, Victoriano 1985 *Memorias: tiempo viejo - tiempo nuevo*. México: Editorial Porrúa

Yáñez, Agustín 1958 *Flor de juegos antiguos*. Guadalajara: Ediciones del Banco Industrial de Jalisco.